

El tío Pedorretas

Cuento de la vida real.

¿Es que no has conocido tú, amigo lector, algún tío «Pedorretas» en tu vida?

Del tío «Pedorretas», a quien tan bien cuadraba el apodo, que él se había ganado bien a pulso, se sabía casi todo. Descendiente por rama directa materna de los «pelarranas», rama ya extinguida con él, que cedió paso a la nueva y cortísima familia de los «pedorretas», acepción y apelativo dados por allí, que significa precisamente y en aplicación de la regla eso, la definición y no por excepción, según el diccionario de la Real Academia, del sonido imitación de esa innegable, consustancial, íntimamente siempre aceptada necesidad biológica; si bien la palabreja en sí no caía mal, puesto que en el argot cotidiano, hacer pedorretas para las gentes significa un sin fin de usos y definiciones, –díganse si no a las madres–, derivados siempre eso sí, de la tendencia del sujeto, por activo o por pasivo.

Pero que hacer pedorretas, en suma, por sus connotaciones tan variadas en la ingenuidad propia y tan agradable del individuo, resulta una palabra, cuando menos, por eminentemente doméstica y familiar, introducida sin ningún atisbo de maleficio o demérito en el seno de la más puritana familia, un tanto simpática y habitual.

Pero del tío «pedorretas» se decían muchas cosas. Hoy en día, del tío «pedorretas» se diría que era un cachondo mental, y no solamente un cachondo mental, sino un cachondo por activo. Y tendrían razón quienes así pensarán de él.

Y es que esto de cachondo mental tan al uso, capaz entonces de ruborizar y teñir de color grana a quien le hubiese sido asignada semejante oración gramatical lividinesco-eretoide, analizando los comportamientos habituales del tío «pedorretas», sutil como él solo en su sabia ingenuidad y hasta un poco cretinesco; singular hombrecillo de especial humor siempre a punto, que allí no dejaba títere con cabeza; siempre jorobando la marrana, creo que le caía bien y hasta creo que a él le gustaba sí, o al menos no se sentía muy incómodo con ese traje. A fin de cuentas él mismo lo eligió, con su habitual comportamiento.

«Pelarranas» era ya un mote pasado a la historia por agotamiento biológico y por azares un tanto caprichosos.

Nunca le gustó el mote de pelarranas, ni sabía siquiera de donde le venía, pues él no recordaba que alguno de sus antecesores pelarranas, se dedicase precisamente a despellejar batracios. Sí, es

cierto que ellos tenían tierras en La Laguna y cerca corral para el ganado; y era cierto que en el pueblo, de siempre se solía coger ranas en la laguna y se comían sus ancas bien fritas y crujientes, o asadas los mismos pastores o labradores. Sin embargo solamente su familia había cargado con el santo. Claro, se contestaba él mismo, a uno le tiene que tocar.

Bueno, el caso es que el tío Casto, que tal era su nombre de pila, se sentía más cómodo y a gusto con el mote de «pedorretas». Si tenían que llamarle con el mote, que de eso nadie se escapaba en el pueblo; si no había más remedio, que también a él le gustaba llamar por el mote más que el nombre, pues prefería el que más se identificase con él mismo. En eso eran sabios en el pueblo, pero, ya, ya, había cada motecico...!

Lo malo o lo bueno de este cachondo del tío «pedorretas», no se sabe bien, era sin duda alguna su extraordinaria facilidad para dejar desarmado al contrario, no importa que fuese mucho más listo que él, porque él era más «estuto». Después de gastar la habitual broma, la pasada de turno, nada grave claro está, porque a él no gustaba hacer mal; después de todo y cuando con frecuencia se enzarzaba y parece que iban a llegar a las manos, era frecuente que su contrincante terminara riendo, si no en su propia cara sí al menos cuando le daba la espalda. Y el tío Casto lo sabía, claro que lo sabía el muy tuno. Cejijunto y taciturno, como si acabara de salir de una grave situación, miraba al contrario haciendo visera con las manos encima de los ojos, para ver mejor como se amofletaban sus carrillos para no estallar en una sonora carcajada.

—Mira Casto, o Pedorretas, como quieras —le decía aquel vecino con quien tanto solía discutir, porque jamás estaban de acuerdo—, eres algo cochino y yo no te atizaré nunca porque no quiero mancharme. Y dejaba solo al tío «Pedorretas». Y era entonces cuando nuestro bueno del tío Casto apretaba los labios y sonreía para dentro con gran deleite y felicidad.

Y eso que con el tío «Pedorretas» no había forma de reñir abiertamente, pero tampoco era fácil llegar a acuerdos, claro está tratándose de asuntos de trapicheo cotidiano entre amigos y vecinos; porque en remediar penas ajenas, todo hay que decirlo, nadie podía hablar mal de él.

Gustaba a nuestro hombre comenzar sus charlas a modo de amena y fervorosa jaculatoria, que preconizaba invariablemente un parlamento ameno, serio, donde tendría que haber comprensión mutua; pero rara vez la había y a veces terminaban serios, coléricos; que aquello parecía la antesala de los palos.

Nunca ocurrió nada.

Pero no, no, jamás llegó a ocurrir nada. No era tonto el tío Casto, por aquellas cosas que él hacía no merecía la pena, decían sus vecinos.

¿Que lo que hacía el tío «Pedorretas» era un puro abuso de sus facultades? Pues sí, puede que así fuese, pero como la cosa tenía cierto encanto, lo mejor era largarse de su lado, dejarlo solo cuando se ponía así, porque él desde luego no lo haría, antes de que las cosas fuesen a más o antes de estallar en sus propias narices con una sonora carcajada, producto sin duda de la gracia o el chiste del momento.

No no. No había hecho grandes cosas en su vida el tío Casto, el «Pedorretas», menudo guaja¹ había sido siempre.

La pobre tía Emerenciana, aquella bendita que tenía por mujer, la última de los «cesteros» que quedaba ya en el pueblo, –otro cestero vivía en Rubiales- no es que precisamente fuese una santa. Lo de bendita le venía por lo mucho que tuvo y supo mediar siempre para que el tío Casto no se desmandase demasiado y permaneciese dentro del redil, que, ¡ya, ya!, algún disgusto sí que le dio. Y claro, como no tuvieron hijos...

En el carasol durante el invierno, con las mujeres y otros desocupados como él, haciendo cuerda de esparto casi siempre. Cuando el sol picaba lo suyo, el tío «Pedorretas» parece que revivía y entonces daba rienda suelta a las ideas y a la lengua, se sentía más procaz y dicharachero. Dale que te pego, una y otra vez daba repaso a las historias mil veces contadas, se metía poco a poco hasta que alguien le tenía que decir.

—¡Ay Casto, que te veo venir..., para el carro que hay ropa tendida!.

Y es que el tío Casto había sido siempre así, tuvo de joven y ahora de viejo no se resistía a actuar por pasivo; él decía que era su propia honrilla la que defendía, genio y figura.

Amigo de la conseja, en el carasol, a la sombra de la vieja acacia, en los huertos, mucho estaba entre mujeres, que eran las más asiduas y entre los muchachos, que los ojos se le iban tras de ellos. Los otros abuelos zopitontos no hacían muy buenas migas con él y él no hacía más que soportarlos.

¹ Guaja, palabreja muy usada en Bezas. Se decía, “menudo guaja que estás hecho”, refiriéndose a la persona un tanto burlona y no muy de fiar en el trato cotidiano, en sus actuaciones o comportamiento con el prójimo.

La verdad es que lo pasaba bien con aquellos jodidos de muchachos, revoltosos y malos como un dolor de tripas, como a él le gustaban; que le hacían rabiarse todo lo que podían; que le escondían la gorra y le querían quitar el garrote, y hasta una vez se le mearon, a los que él solía burlar muchas veces con sus mil artes aprendidas a lo largo de su perra vida, de apurar la vida desde que era un simple mocarras.

Como catedrales del arte genuinamente lugareño y encantador, donde transcurren placenteros momentos de la vida. Donde tantas y tantas tretas inventara, ese caracol vivificante del invierno bien resguardado del gélido cierzo, la sombra reparadora y reconfortante de la acacia en los calurosos veranos, donde una y otra vez, y otra, el tío Casto y tantos otros, cerrando ojos para fijar aquellas lejanísimas imágenes, cuando estaba solo.

La piedra de turno o el poyo relucientes de tanto sentarse. Asiento filosfal donde el tío Casto vertía la sabrosa enjundia de su ya longeva y bien llevada vitalidad, primorosamente jalonada de hechos que marcaron su camino.

Experiencias

Allí es donde tuvo más largas y jocosas experiencias con vecinos, con muchachos, sobrinos-nietos, sobre todo, que le querían mucho y a los que él adoraba. Por eso les hacía tanto rabiarse. Era superior a sus buenos deseos, a sus fuerzas, no podía evitarlo; él tenía que estar siempre haciendo de las suyas.

–Mira majó, sácame el moquero de aquí, –les decía, apoyando sus manos enlazadas sobre el garrote, ladeando las posaderas– que tengo que sonarme.

Y el chico diligente, en su encantadora ingenuidad, que intenta sacar el moquero de debajo del culo del tío Casto y zas, éste que se tira un gordísimo pedo.

El efecto siempre era el mismo, la velocidad instintiva con que el muchacho ya fuera pequeño o grande, retiraba su inocente mano. Como si se hubiese tratado de algo más, una descarga eléctrica o la caricia de un agujón oculto.

Claro que estas reacciones del chico dependían también de su grado de amistad o parentesco con el autor de la broma, de su edad, de su capacidad para encajarla.

Al pequeñajo que apenas sabía andar no era extraño que le hiciese gracia, que riera la broma aunque sin comprenderla bien y con cara graciosa le pidiera otro; o que se quedara mirándole y estallara en llanto desolador. Otros se enfadaban, se irritaban, hasta le querían

pegar y le llamaban en sus propias narices con la mayor saña imaginable, «Pedorretas» y aquí sí la gozaba el tío Casto de lo lindo. Otros se ponían colorados como tomates, le miraban mohinos y avergonzados como si hubiesen cometido ellos la falta y emprendían rápida huida; y aquí el tío Casto si que sacaba enseguida sus buenos sentimientos, la bondad de su buen corazón, o a veces también por miedo al rapapolvo de la madre del crío.

–No majo no. Mecachis, cagüen... Mira, ven, toma una cuca. Y se buscaba en los bolsillos donde siempre llevaba algo, una nuez, una bellota.

Pero esto no lo hizo solamente con los muchachos. También sorprendió a algún mayor; pero claro, el truco le duró poco.

Luego faltó la Emerenciana, en un día de aquel invierno tan duro, y ya el tío Casto, solo en casa, comenzó a declinar en su humor, a apagarse poco a poco, y se le quitaron todas aquellas ganas de salir al carasol, de hacer reír y rabiar.

Empezó a darse cuenta de que ya casi estaba viviendo de prestado, de propina, como él decía. Estaba verdaderamente solo, fue arrinconando los recuerdos, se olvidó de ellos. Ya no le quedaron ganas ni fuerzas para terminar la cuerda que había comenzado.

Y la casa se le hizo grande, grande, como él decía, que jamás había reparado en ello, que no le daba tiempo a recorrerla. Y notó que le faltaban las fuerzas. Pronto me iré, es lo último que dijo.

La noticia dio la vuelta al pueblo veloz.

Se lo encontró la vecina que lo cuidaba, bien entrado el crudo día, recostado sobre el banco de la cocina. Tenía una piña en la mano a mitad de quemar, que también se negó a seguir.

Manos amigas tañeron diligentes por largo rato la campana más grande, que lanzó a todos los vientos sus potentes y amorosos lamentos.

Había muerto el tío Casto, el «Pedorretas».

Publicado en el Diario de Teruel, el día 25 de Noviembre de 1.989

NOTA: Mientras escribía este artículo recordaba mucho a mi abuelo materno Miguel, el “tío Miguelo”, buenísima persona, trabajador y honrado; envidiado por muchos, de una vida dilatada y riquísima. Me contaba historias de mucha envidia y riqueza, como lo que ocurrió a una perra que él tenía, cuando de muchacho iba de pastor por Ligros, que estuvo corriendo tras un lobo durante más de un día. Murió la abuela y el pobrecito se fue apagando, ya no encontró consuelo con los otros abuelos en el carasol del invierno, y una mañana se nos murió casi de repente. Yo le lloré como acostumbran llorar los niños.